

## DIEGO CARBONELL

Tema: "Vallenilla Lanz y Gil Borges"  
8 de abril de 1943

*Honorables Académicos:*

Pecaría de falsa modestia si os dijese que me ha sorprendido este honor con que ahora me distinguís; que sin la necia pedantería de los cazadores de merecimientos, usurpadores de posiciones que suelen transformar en disfraz, creo yo que habéis realizado obra de justicia, pues lo menos incierto en mi actividad intelectual y científica, varia y heterogénea, hace ya algunos años, corresponde a la investigación de nuestros anales. Que sea buena o mala mi obra, otros lo podrán apreciar mejor que yo, pero sí estoy seguro de que nunca me guió en su composición sino un vehemente deseo de conquistar el título de escritor honrado.

Mas, lo que sí ha sido para mí motivo de incertidumbres, es la singular distancia mental, enciclopédica y de noble severidad que existe, señaladamente, entre quien os habla y aquellos egregios escritores a quienes reemplazo en vuestras doctas y eruditísimas juntas. Hasta el propio concepto con que Esteban Gil Borges discernía el sentido de la Historia, difería del nuestro, tanto porque en su pluma la timidez para interpretar lo habría cohibido en ocasiones, a pesar de sus originales recursos de sabio, cuanto porque su exquisita concepción del Arte se habría opuesto a la metodología que, en Laureano Vallenilla Lanz, o burdamente en quien os dirige la palabra, fue siempre sometida a la interpretación fría y sin músicas de una filosofía sociológica, reñida con las bambollas de un léxico fecundo en los aderezos del Mito y del apólogo, o a la conclusión recia y firme del diagnóstico.

Todos vosotros habéis admirado la nobleza en la exposición en que siempre se inspiró la pluma de Gil Borges; todos vosotros conserváis en la memoria la vivacidad objetiva de Vallenilla Lanz; habéis comentado con respeto, y a veces con cariño, el fervor que, en todo momento, ha sentido el primero por las causas justas, ya se tratara de la Historia o de la justicia exigida contra la política versátil. Ciertamente que habréis comentado también aquel donaire con que Vallenilla Lanz, en este mismo recinto, solía emplear la ironía sutil para condenar la ignorancia o para deplorar sin piedad la torpeza... Yo, como vosotros, me cuento en el grupo de aquellos que admiten la excelsa virtud del patriotismo y del profundo amor a la cultura venezolana que siempre fue la más eficaz preocupación de Gil Borges. Yo, como vosotros, me cuento en el grupo de aquellos que se explican y justifican el estilete de la crítica que, a cada momento, esgrimía Vallenilla Lanz, acaso para soportar el pesimismo byroniano<sup>1</sup> del cual nunca pudo libertarse.

Mas, no sé qué fuera más denso en Gil Borges, si su cultura científica en el orden de la Jurisprudencia, o la otra, la cultura artística que lo conducía por los senderos de una filosofía sin ásperos desengaños ni atrevidos sofismas. Sentía fervor casi por Manuel Kant, y ya esta inclinación hacia el filósofo de Koenigsberg, nos sitúa en la pista de lo que fue un milagro mental en Gil Borges: la reflexión acendrada y sostenida.

---

<sup>1</sup> Se dice que el pesimismo ha contribuido a la tristeza y al encono en numerosas obras de Byron, y a la fuerza de sus críticas que no pocas veces se confundió en el escarnio; y se dice que siempre fue así a causa de haber nacido cojo, y como era un *bel homme*, el "resentimiento", si nos acogemos a la teoría que Marañón aplica a Tiberio, habría sostenido en su alma la amargura de la misantropía.

Otra de sus afecciones entre los más famosos representantes de la cultura antigua, ha sido el poeta de Apulia, Horacio Flaco. Sobre todo sentía profundo respeto por sus *Epístolas*, en las cuales el egregio poeta latino es, también, un hijo de la Grecia clásica. Pero su predilección por Horacio no se debía, a lo que se alcanza, a que haya escrito las *Epístolas*, las *Odas* y los *Epodos*, sino que al lado del artista del *Arte poético*, había en el amigo de Octavio la virtud de ser amable, modesto y sin ambiciones.

Ya estas cualidades no sólo podrían explicar la espiritualidad de Gil Borges, sino además, parecerían señalar el sendero filosófico por donde solía transitar su pensamiento.

Cierto es que Horacio Flaco perteneció a la escuela de Epicuro de Gargettos para quien el placer debía considerarse como el eje del mundo... Sin embargo, me atrevería a refutar a quien delatara inmoralidad en la filosofía del maestro griego con el fin de negarle grandeza y generosidad, pues quien filosofa sobre el tema del placer, sin duda que antes, o conjuntamente, ha establecido meditaciones sobre los yugos del dolor, sin los cuales el placer es vulgarísima sensación de paquidermos.

Lo ha dicho Gedeón, y cuando él lo afirma su decir es voz del pueblo: "Sin el dolor el placer no prospera, es insípido". Como el amor, agrego, que sería triste comedia si el odio no anduviera por allí, vigilándolo y enaltecándolo.

Sin ser afines por sus gustos literarios e históricos, pero sin distanciarse tanto como para que hubiera en la personalidad una ostensible oposición, entre Gil Borges y Vallenilla Lanz sí existía una tendencia distinta en la comprensión del fenómeno histórico y en la manera de apreciar el accidente convulsivo de la evolución de las ideas: Vallenilla Lanz pedía la noción explicativa a las ciencias que, sobre todo a partir del siglo XIX, han prestado una utilísima colaboración a la Historia; en tanto que Gil Borges, sin apartarse de las normas científicas, ha preferido no utilizarlas cuando su aplicación iba a servir de cáustico o de reactivo.

Es lamentable que la afanosa vida pública de Secretario de Estado, haya impedido a Gil Borges ofrecer a la bibliografía nacional una obra de historia metodizada y acabada, pues lo que de él conocemos es ocasional y a ratos fragmentario. Lo contrario aconteció en Vallenilla Lanz: su vida, en el período más culminante de la gran dictadura del Gran Dictador, fue hija de la vorágine sin la cual ni habría sido el vigoroso periodista que hemos conocido, ni mucho menos el brillante cerebro que supo darle contornos históricos al "gendarme necesario" que estaba en todas las conciencias, pero apenas como un boceto trazado por la pasión individual o por el dolor sugestivo.

En cambio, la vida literaria de Gil Borges se inclinaba a la serena atmósfera de la cátedra: sus primeros ensayos corresponden a la época del profesorado en la Universidad Central, cuando la fecundidad de su inteligencia y la fuerza de su memoria contribuyeron a crear las páginas de 1911, tituladas *Ideas sobre la Filosofía de la historia del Derecho* que luego completó, en 1919, con su brillante disertación acerca de las formas primitivas de *La vida del Derecho*.

Muchas ideas luminosas que corren en estos textos van a permitirme, en límites relativamente estrechos, mirar en el criterio del historiador que fue, más bien, un original filósofo de la Historia, y no un historiador propiamente dicho.

Me apresuro a quebrar la aparente paradoja: todos los buenos historiadores debieran ser filósofos de la Historia, aunque no sería perentorio el que los filósofos de la Historia sean, forzosamente, historiadores propiamente dichos.

En una de sus "lecturas" universitarias, Gil Borges, al esbozar un elogio de la mentalidad renana, recuerda que "el criticismo de Taine ha tenido un copioso

florecimiento en el teatro y en el romance contemporáneo y se ha resuelto en la escuela naturalista en un triunfo de la realidad sobre el ideal". Mas, a pesar de la franca ideología espiritualista de mi antecesor, éste ha pensado que en el fondo del realismo taineano debió de existir un hondo esclarecimiento de elevados conceptos y de nobles ideas emanadas del Arte que tanto admiraron Taine y nuestro eminente compatriota. Él se ha acogido al pensamiento del ilustre francés de los *Orígenes* cuando escribe: "El análisis de la influencia del medio social y de los factores telúricos en el desarrollo de las instituciones, era una teoría de la filosofía del Derecho, siglos antes de que el espíritu sistemático de Taine aplicara sus consecuencias más exageradas al análisis de la evolución estética. No he introducido, pues, una novedad, sino que he seguido una antigua tradición de la Ciencia cuando he tratado de definir la influencia del medio étnico, del elemento geográfico y del tiempo y del espacio histórico en la vida exterior del Derecho; y creo haber demostrado, cómo el genio de las razas produce variedades de origen étnico; el tiempo variedades de estados de desarrollo; el espacio variedades de derechos locales..."

Para esa época de sus "lecturas", Taine estaba en todas las bibliotecas y Ángel César Rivas bautizó con el título taineano un ensayo copioso, erudito y con múltiples aplicaciones del autor de los *Orígenes de la Francia contemporánea*.

Sin embargo, si en Gil Borges prendió el sugestivo encanto, éste acreció gracias a la *Filosofía del Arte*: ha sido el hijo genial de Vouziers quien le inspira cuando recuerda esta frase que es de Taine: "Al través de la distancia, no descubrimos de las edades antiguas sino grandes masas y grandes movimientos. Los hechos particulares han perecido, los hechos generales subsisten, y el crítico se hace filósofo para permanecer historiador".

Parece como si hubiera apuntado la frase para clasificar al brillante historiador cuyo Sillón debía ocupar, pues a eso último debía Vallenilla Lanz el esplendor de su pluma: antes de sentar cátedra bien cimentada como historiador, la fuerte mentalidad del escritor oriental, sin exhibir mayores semejanzas con la de Juan Vicente González (que otros son los tiempos), se ha creado una auténtica fama entre los más brillantes diaristas de la República. Allí está *El Nuevo Diario*, de Caracas, con sus críticas, con sus estudios de historia, cuando era necesario escribir sobre temas de historia, sobre todo para vengar al Libertador de la irreverencia y de la vocinglería de algún postulante a la celebridad, de Argentina o de Colombia... Mas, sucedió que la evolución de la política dictatorial, con sus inesperadas sorpresas, los intereses de otros y las ambiciones de algunos, lo colocó en un "impasse" que era necesario esclarecer: había dictado su conferencia sobre la guerra de emancipación considerada como una guerra civil, en octubre de 1911, y al corregirla pesó, cuidadosamente, las críticas y convino, con Renan, en que "no hay en el mundo una razón suficientemente fuerte para impedir a un hombre de ciencia publicar aquello que admite o cree sea la verdad".

Y se arriesgó entonces en la empresa más valiente de su vida pública, pues *Cesarismo democrático*, sin dejar de ser una serie de "estudios sobre las bases sociológicas de la constitución efectiva de la política venezolana", es y continúa siendo una serie de estudios sobre las bases efectivas de la política venezolana de los días de Páez, y acaso también de los días vividos por Vallenilla Lanz.

Y si en el "Gendarme necesario" el autor, al igual de Don Pedro M. Arcaya y Don Eloy G. González, ha esbozado la verdadera psicología del mal llamado Centauro, todo el mundo podría reconocer, también, a otros gendarmes, y de manera "efectiva".

En este volumen, Vallenilla Lanz es, ciertamente, un intérprete que se inspira en los métodos de Taine; pero a veces suele adoptar la cruel ironía renaniana, sin dejar de ser, como el vigoroso pensador bretón, un intérprete sutilísimo.

Todas esas cualidades hicieron decir a Don Antonio Gómez Restrepo que "el señor Vallenilla Lanz es, a par de un investigador de primer orden, un escritor distinguidísimo; sus estudios se dejan leer con el mayor agrado por el estilo limpio, elegante, incisivo; por la argumentación sólida y precisa; por la discreta ironía con que el polemista sabe reducir a polvo las argumentaciones de sus contrarios".

Gil Borges, tal vez de una más elevada escuela espiritualista, no solicitó sus armas en la crítica recia que en Vallenilla Lanz solía culminar en el sarcasmo. Él ha sido, de fijo, un intérprete afiliado, como lo llevo dicho, a las escuelas del Arte, y por eso fue siempre un evocador, gracias a la erudición y a la espontaneidad del temperamento. Escuchad cómo anuncia la aparición del siglo II de la edad bolivariana: "Una gran memoria va a cruzar el umbral invisible del tiempo, y de ciudad en ciudad, de continente a continente, los bronceos que perpetúan su recuerdo repetirán con una nota sonora de triunfo el eco de la campana que, dentro de pocas horas, anunciará que la memoria de Bolívar va a entrar en el segundo siglo de su inmortalidad".

También, indudablemente, Vallenilla Lanz ha sido un evocador, pero sin la veneración, digamos carlyleana, que Gil Borges ofrecía en su original manera de evocación. Sin embargo, no le fue posible a Vallenilla Lanz desoír la voz cálida del amor patrio, y casi, casi se vuelve un historiador providencialista cuando en su famosa pieza para glorificar, en agosto de 1919, la gesta de Boyacá, exclama:

"Señores: Cuando se recuerdan estos hechos<sup>2</sup> que apenas datan de un siglo; cuando se mide en todo su horror y su grandeza el inmenso sacrificio de Venezuela por su propia independencia y por la de todo el Continente, es casi imposible contener el impulso que nos arrastra a buscarle algo de sobrenatural, de sobrehumano al hombre que con sólo el poder de su genio, con la fuerza única de su inteligencia y de su voluntad forja en la fragua de aquella inmensa anarquía, de aquel desbordamiento "de apetitos brutales, de aquellas rebeliones atávicas de la carne y de la sangre, de aquellos accesos de salvajismo irresistible que demolían la sociedad", los elementos necesarios para alcanzar el triunfo de un ideal grandioso de humanidad, de libertad, de redención individual y colectiva, sembrando en aquellos cerebros rudimentarios, en aquellos rudos corazones ideas y sentimientos que iban a ennoblecerlos a los ojos de la posteridad hasta convertirlos en héroes de leyenda..."

He aquí, señores Académicos, un período al cual quiero aplicar breve comentario de sorpresa, pues no es menor la mía cuando aprecio la precisa significación de la frase que parecería, admirativamente contundente: "...es casi imposible contener el impulso que nos arrastra a buscarle algo de sobrenatural, de sobrehumano al hombre &...", pues Vallenilla Lanz se alejó siempre de las tendencias bossuetescas. El criterio suyo es tan brillante y tan bien dotado en materia de historia, que lo sobrenatural y lo sobrehumano han sido argumentos o necesidades oratorias pasajeras en su patriótico e inquebrantable fervor bolivariano, pues más abajo declara: "¡Pero no! ¡No nos dejemos llevar por ese romanticismo pueril que ha pervertido el criterio de las pasadas generaciones: divinizando a Bolívar lo empequeñecemos; humanicémoslo para engrandecerlo!"

Y así tenía que ser, pese a los más audaces intérpretes de Bolívar en el reciente Centenario que cierra el ciclo de las grandes efemérides patrias: lo sobrenatural

---

<sup>2</sup> Se refiere a los trágicos sucesos del año de 1814.

corresponde a la técnica riquísima de la neología teológica, y cuando se aplica el vocablo, se quiere definir la comunicación de la íntima vida divina (*Secretum Regis*) de una verdad inapreciable a toda aspiración de la voluntad.<sup>3</sup>

Gil Borges sí parece haber mirado con deleite la doctrina del Providencialismo, aunque no lo haya declarado explícitamente; por lo menos transita por el sendero plácido de una espiritualidad casi contemplativa.

En uno de mis ensayos<sup>4</sup> he advertido esto: "A la verdad no podríamos calificar de extensa la obra del escritor, mas ya veremos que su producción intelectual, encerrada en los límites ideológicos de la ciencia del Derecho y aderezada con la enseñanza de la filosofía de la Historia, se ajusta desesperadamente a lo que de noble hubo en el Pasado, y en síntesis subyugada por el Arte aparece formada de ensayos que sólo un erudito ha podido componer". El bondadoso ideólogo diserta contra el pesimismo del misántropo de Dantzig y del enajenado de la casa de locos del profesor Binswanger, de Jena, y admite que el dominio de la Ciencia es un postulado que no se discute. O como dice él mismo: "Hoy, señores, la Ciencia restituye a las almas todas sus esperanzas, restituye al espíritu todas sus aspiraciones más elevadas. La Ciencia inclina su frente sobre el mundo invisible y comprende, según la palabra de Pascal, esas razones del corazón que hasta ahora no había escuchado, y la última palabra, la palabra suprema de la Ciencia, es una promesa de paz, es la invitación a una alianza sincera y durable con el Ideal".<sup>5</sup>

No sería aventurado, pues, admitir como muy probable, que Vallenilla Lanz y Gil Borges hayan servido a la Historia por caminos hasta opuestos, pero valiéndose de armas nobles y de argumentos inspirados en el más elevado patriotismo.

Pero acato que podríais refutarme la velada paradoja que es fácil de sorprender en mi desaliñada advertencia; y ya estaréis preguntando lo inevitable: ¿cómo pudieron servir a la Historia marchando por senderos tan desemejantes...? —La respuesta no será forzoso ir a solicitarla en la escuela filosófica de los fundadores del Sofisma, Protágoras, de Abdera, y contemporáneo de Sócrates y Georgias, de Leoncio, que fue una de las mayores sorpresas de Atenas: que aquí la encontramos diáfana y sin que necesitemos, digo, ocurrir al Sofisma: ¿por ventura no le prestan honor y brillo a esta Casa el historiador Gil Fortoul, el fogocísimo Blanco-Fombona, el severo Monseñor Navarro y hasta hace poco el nunca bien sentido Caracciolo Parra León? ¿Acaso no se debe a sus bien tajadas plumas las más famosas páginas sobre la excelsa grandeza del Padre de la Patria? —Porque lo que cambia, a veces, es el instrumento ideológico de acuerdo con la cultura personal y con la clase de cultura que nos indica el método para la interpretación que, en Gil Fortoul pudiera ser racionalista, en Blanco— Fombona despabilada y sin contemplaciones extrañas a sus credos históricos, y en Monseñor Navarro y Parra-León firmes en el credo de la fe, y sin duda con matices de un providencialismo que, tal vez, no rechazarían los mismos Blanco-Fombona y Gil Fortoul.

Y si alguna duda abrigáramos los que, torpe o desacertadamente, aspiramos penetrar en el objeto de la búsqueda que es la verdad gracias a los archivos y conquistas de la

---

<sup>3</sup> Consúlt. LALANDE, *Vocabulaire*, París, "Alcan", tomo II, 1928, 840.

<sup>4</sup> *Comentarios y Críticas*, La Paz, MCMXXIX, 248

<sup>5</sup> Para esta época de la edición de las *Lecturas Académicas*, en 1908, ya era conocido de la juventud universitaria el volumen *¿Qué es la Vida?*, de RAZETTI, editado en 1907. Y parecería que Gil Borges haya establecido cátedra de filosofía opuesta a la algarada materialista de Razetti, con quien no compartía el credo del Monismo.

Ciencia, la benevolencia del P. Navarro ya se había apresurado a ofrecernos la mejor de las explicaciones, y con ella (debemos creerlo todos) el perdón para tan mínimos pecadillos. Pues la frase continuará siendo tan hermosa y adecuada como lo es la esperanza, y de tan generosa filosofía como que viene de una mentalidad que tiene títulos para el aplauso y la admiración. Dice el comentarista del *Diario de Bucaramanga*:<sup>6</sup> "... siempre será innegable que en Bolívar existió esa mezcla de creyente y de librepensador que tanto ha abundado en los tiempos modernos..."

Es caso común y explicable; es la duda que arranca de los tiempos neotestamentarios: Tomás el Dídimo necesitó meter el dedo en el lugar de los clavos y la mano en el costado para así convencerse y dejar de ser incrédulo; y fue después de convencido de las lesiones cuando exclamó abismado en la sorpresa cariñosa: *Dominus meus, et Deus meus*.

Exacto, y ya esa actitud de algunos, de muchos, en quienes hay la mezcla de creyente y librepensador, es la verdadera doctrina para redactar la Historia, pues la duda que, indiscutiblemente, acompaña a todos los Dídimos que piensan en los acontecimientos pretéritos, es la base o sustentáculo del edificio ruin y encantado de la Verdad que el propio y serenísimo ajusticiado del Sanedrín no pudo o no quiso definirle al quinto procurador de Roma en la provincia de Judea, el caballero Lucio Poncio Pilatos, "natural de Sevilla, una de las cuatro ciudades de la España Bética que gozaban del derecho romano de ciudadanía".<sup>7</sup>

#### *Honorables Académicos:*

No quiero que ni un solo momento podáis pensar que yo pretendo clasificaciones que, aunque benévolas, pudieran resultar odiosas: no podría admitir, por ejemplo y como juicio definitivo, el que Esteban Gil Borges haya sido un providencialista, que a lo más que se llegaría sobre los linderos de su personalidad, es a la aplicación cálida sin caer en los enredos de adjetivos en que solía aprisionar sus idas el señor Larrazábal.

Tampoco fuera tarea de crítico prudente el que se afirmase que Laureano Vallenilla Lanz haya sido en su vida literaria un sectario inmutable de la filosofía científica que, desde luego, él no podía manejar con la soltura y autoridad de Gil Borges.

No es que Vallenilla Lanz haya dejado de tener la autoridad de los hombres de ciencia, que la gracia de su pluma estaba, cabalmente, en haber sabido adaptarse en grado tal a los fundamentos científicos de la Historia, que su constancia en el estudio lo armó de una pericia de la cual no disponen sino muy escasos pensadores nuestros. Allí está el primer tomo de su *Disgregación*, algo así como un "ensayo sobre la formación de la nacionalidad venezolana"<sup>8</sup> en el cual parece haberse inspirado el delicado pensador colombiano don Luis

---

<sup>6</sup> *Tópicos bolivarianos*, Caracas, 1933, 125

<sup>7</sup> ROSADI, *El proceso de Jesús*, Barcelona, 1904, XVI, 296

<sup>8</sup> Disgregar es desagregar, y esto significa algo opuesto al verbo agregar por asociar, por juntar unas cosas a otras; integrar es formar el complemento de una cosa; por lo tanto habría sido incómodo para el señor Aristóteles de Estagira, un tan formidable técnico del Silogismo, ponerle el visto bueno a la especie de que la nación venezolana primero se desagregó para luego volver a lo que era gracias al complemento de lo que le faltaba: pues si le faltaba algo, o mucho, me pregunto: ¿qué se disgregaba en ella, o de ella?... El fenómeno pudiera, acogiéndonos a la aplicación naturalista de la escuela de Taine, referirse a lo que habría intentado el autor: éste ha tratado de realizar un análisis (disgregación) para luego juntar o reconstruir el todo o la síntesis

López de Mesa cuando publicó, cuatro años más tarde, su obra titulada *De cómo se ha formado la nacionalidad colombiana*.

Claro que hay diferencias substanciales en los textos; ni siquiera he pensado que un tan despabilado talento, un tan claro y brillante ingenio como es López de Mesa, ha tenido la ocurrencia estúpida de transformar el pensamiento de Vallenilla Lanz y adaptarlo a su propio pensamiento, pues por adelantado se sabe que se descubriría al punto el atentado a las leyes de la Historia aplicadas a pueblos que indudablemente difieren en su evolución de condensación nacional.

Lo que resulta es que López de Mesa ha querido contemplar el acontecimiento curiosísimo de la formación de su patria a través de los propios medios de interpretación que le ofrecerían las autoridades sociológicas y científicas de Colombia; en tanto que Vallenilla Lanz decidió ir a solicitar muchas de las pruebas de sus conclusiones en autoridades extranjeras, y todo quizá porque en los días de nuestra "formación" la influencia exterior tuvo en Venezuela una mayor eficacia que en las remotas tierras de la sabana de Santafé; vivíamos más en contacto con la cultura y con los pensadores de más allá de los mares.

Además, si López de Mesa ha creído prudente y metódico armarse de la Geografía para abrirse paso en la fenomenología colombiana, Vallenilla Lanz, más cuerdamente quizá, ha pedido a la Sociología y ciencias afines la casi totalidad de sus luces.

Tal vez en el reproche haya estado la razón de las preferencias geográficas de López de Mesa, pues Vallenilla Lanz ha declarado, en el capítulo sexto:<sup>9</sup> "Hasta ahora son muy pocos los escritores hispano-americanos dedicados a esta clase de estudios, que hayan tomado en cuenta el medio geográfico para explicar las diferencias profundas que existen entre nuestras nacionalidades a pesar de las grandes similitudes de raza, de lengua y de religión, sobre las cuales se ha querido fabricar una psicología de los pueblos hispano-americanos, en general, incurriendo en el mismo error de algunos sociólogos europeos, que como Fouillée han pretendido trazar un *Esquisse psychologique des peuples européens*, calificada, en el estado actual de las ciencias, como una "tentativa temeraria".

Algo parecido aconteció entre Gil Borges y Francisco García Calderón, sin que la comparación fuera precisa, pues ni López de Mesa, ni mucho menos García Calderón pudieran ser clasificados en el seno de la parodia; no lo necesitan ni lo habrían intentado. Mas es lo cierto, y ya lo había observado yo en mí obrita *Comentarios y Críticas*, que para la época de la Gran Guerra, solíamos charlar Gil Borges y yo con García Calderón, y muchos juicios de *Les Démocraties latines de l'Amérique*, de 1920, han sido el resultado de las doctísimas charlas entre Gil Borges y el original pensador peruano. En esas conversaciones, más de una vez el diplomático venezolano intentaba demostrar que los hombres más originales en los anales intelectuales del mundo habrían sido Horacio y Kant, como lo llevo dicho. Pero lo que interesaba a García Calderón, era, sin duda, el comentario sobre la Epopeya que anotaba después de interrogar...

He aquí, a grandes trazos, señores Académicos, la personalidad elevada y brillante de dos venezolanos que supieron engrandecer el concepto algo deteriorado de nuestra cultura. Su obra se impuso también en otros medios y a la conciencia crítica de otros hombres: Gil Borges dejó en la Unión Panamericana el recuerdo de un ferviente

---

(integración), y así contemplar con los ojos del espíritu a la patria ya formada, pero que lo habría estado antes, pues tuvo la facultad para disgregarse: luego existía...

<sup>9</sup> Edic. de Caracas, tomo I, 1930, 161.

armonizador de los intereses interamericanos que se ventilan en aquella asamblea; dejó definido el concepto de su autoridad como internacionalista y como jurisconsulto inspirado en una luminosa pureza de principios.

Entre sus numerosos estudios inéditos y ahora póstumos, varios son de interés capital y de inesperada actualidad: los que Gil Borges ha debido considerar como documentos y comentarios para la Historia tal vez hayan sido escritos para adelantarse a la crítica que previo, sin duda, contra su paciente labor a fin de dar equitativa y patriótica solución al viejo litigio sostenido entre Venezuela y Colombia, a causa de los intereses territoriales que ventilaban las cancillerías de la Casa Amarilla y la del Palacio de S. Carlos. Sería interesante saber hasta qué punto se pudiera afirmar que cedió dando o que resistió no ofreciendo; aunque todo lo que se diga acerca de la gestión internacional de Gil Borges podría carecer de consistencia en tanto no conozcamos las consideraciones que él hizo, posteriormente, al tratado del Puente Internacional, solución que cupo el honor de obtener al gobierno del señor general E. López Contreras.

Ambos se alejaron de este mundo que no podríamos comparar a otros mundos, cuando aún disponían de cuantiosas reservas mentales dignas de ser utilizadas por la Patria: Vallenilla Lanz falleció en París, el 16 de noviembre de 1936, cuando el panorama invernal no le podía traer a la memoria ni a la imaginación que languidecía, una reminiscencia sino por el contraste con su tierra bañada en sol y eternamente bulliciosa; apenas el contraste recordaría esta tierra de Caracas que todos amamos, y bajo la cual, como lo ambicionó el Libertador, querríamos reposar y consumir nuestras más sinceras aspiraciones.

El destino, es natural admitirlo, no le fue adverso, pero acaso le fuera doloroso. Mas tal vez haya convenido que muriera en tierra extraña, pues la justicia de la Historia se impone tardíamente, y las vehemencias políticas se desencadenaban sin freno por los días de su muerte que ha debido ser, así lo creemos quienes fuimos sus amigos, como la de los discípulos de la escuela serenísima de los escépticos.

A Gil Borges ese mismo destino, de cuya justicia tanto disparate divulgan los timoratos sin pensar en el fin que persigue la sanción enigmática de ultra-tumba, fue un azote de dolores que no lograron disminuir el temple de conformidad espiritual sólo comparable a la filosófica y ejemplar conformidad del emperador Marco Aurelio.

Gil Borges dejó de existir bajo el cielo amatista de Caracas, el 3 de agosto de 1942 cuando ya el dolor había consumado su obra de prueba sin mayores rendimientos para su triunfo: yo he sido testigo de la tragedia que atormentó la carne de ese admirable venezolano; yo he sido testigo de la paciencia varonil con que su voluntad le impuso silencio a los gritos desesperados del sufrimiento, y cuando el aguijón inquebrantable sobre sus nervios penetraba como un filo en llamas dentro, en la estructura de su cuerpo, de su exquisita sensibilidad, él supo siempre oponerle la invariable lucidez de su cerebro, semillero de ideas nobles y apostólicas.

*Dixi.*